

ROCÍO QESPI¹

LA VISITA

La niña que apenas camina no sabe qué hacer. Por un lado las chicas grandes se enroscan en sus camisones largos como el tiempo y tratan de meterse debajo de las camas para perderse en su oscuridad ¿Qué hay allí, debajo de la cama? se pregunta la niña Violetita ¿qué hay? yo también quiero ver, vamos, déjenme ver ¿qué hay allí? Pero ninguna le hace caso, ni la miran, solo miran a la oscuridad que hay debajo de las camas. Si la niña Violetita trata de tocarlas, las chicas grandes se esconden aún más ¿Será este el juego de las escondidas que he visto varias veces en los campos alrededor de la casa? La niña Violetita con su traje de blondas blancas se da cuenta en ese momento de que no tiene los zapatos puestos ¡Qué raro! Mi ama se va enojar porque no tengo zapatos. Si mamá me encuentra así, le dirá algo feo a mi ama y ella se enojará conmigo. A ver si encuentro los zapatos debajo de la cama... a lo mejor es por eso que las chicas grandes están gritando. No, no los veo por ningún lado. No sé qué hacer. Esos zapatos no me gustan. Son botines altos y me ahorcan los talones. Tienen muchos lazos que yo no sé atar y mi ama tiene que ponérmelos ¿Quizá es por eso que se enoja cuando no tengo zapatos? Pero sus hijos, el Dominguito, el Chofi y la Felicitá, corren

¹ Nombre literario de Rocío Quispe-Agnoli, narradora y profesora titular de Estudios Hispánicos en el departamento de Estudios Romances de Michigan State University. Ha publicado *La fe andina en la escritura: identidad y resistencia en la obra de Guamán Poma de Ayala* (Fondo Editorial de la UNMSM, 2006) y la colección de cuentos *Durmiendo en el agua* (Mundo Ajeno Editores, 2008).

sin zapatos por todos lados. En la casa, en el patio, en los jardines, en los corrales, en el río.

Aún no entiendo por qué las chicas grandes siguen gritando. Es más, se han puesto a llorar. Y en medio de sus llantos y gritos, también escucho un susurro. Nadie me explica nada porque soy la niña Violetita, la más pequeña de todas. Pero la niña Violetita sabe más y entiende más de lo que creen todos. Todos piensan que soy boba. Todos, menos el tío Andrés. El tío Andrés que me mira desde el fondo del pasillo y sonrío debajo de sus bigotes enormes que se enrollan en una espiral, como si fuera humo que sube al techo del pasillo. El tío Andrés es grande, alto, enorme, parece un árbol de papayas. Está vestido como alguien que amansa a los caballos y ordena las vacas en los campos de la hacienda. Lleva un poncho claro que se echa hacia atrás y botas altas porque monta a caballo todo el tiempo, por eso tiene el lazo también. La primera vez que vi a mi tío Andrés, él estaba sobre un caballo. Y la última vez que lo vi... ya no me acuerdo, no me acuerdo dónde lo vi, ni cómo estaba. Solo recuerdo su voz llamándome varias veces: "Violetita, Violetita, vamos m'hijita, vamos...". Pero yo estaba muy cansada y no quería hablar.

—Pédoname, tío Andrés, me moría de sueño y solo quería dormir, tú entiendes ¿verdad?

—Claro —dice el tío Andrés—, claro que entiendo mi Violetita. A mí también me dio mucho sueño y, cuando te da mucho sueño, lo único que quieres es que te dejen dormir. Con el grito de estas chicas va a estar difícil. Caramba ¿qué les pasa a estas muchachas? No creí que mi visita las pusiera así. Tú ¿qué crees Violetita?

—No creo que seas tú, tío Andrés. Están jugando a las escondidas ¿Ves? Juegan a esconderse debajo de las camas. Pero no me dejan jugar con ellas. Les hablo y no me hacen caso, y yo quiero que me hagan caso, yo quiero jugar con ellas.

Tres muchachas entre 9 y 13 años de edad juegan a las cartas. Las tres se han enfermado, una tras otra, con esa enfermedad que les hincha la cara y la papada, y aún tienen que estar en cama. Pero son muy inquietas y ya han pasado dos semanas desde que el brote le ocurrió a la primera. En sus camisones de dormir y con las cofias que guardan sus cabellos cansados por las trenzas, las tres hermanas deciden quién reparte los naipes. El ama Teodora quiere apagar las

lámparas de aceite para que de una vez se vayan a dormir, pero las chicas insisten:

—Un jueguito más, por favor. El último, el último.

—El último —dice el ama Teodora—, pué que sea verdáqu'é el último, mi' niña'. Ya é tarde, hay que irse a dormí.

—Vamos, Teodorita, no es tan tarde —arguyen las chicas.

—Claro que é tarde, mi' niña', no se aprovechen de e'ta pobre ama que luego su papá y su mamá se la toman contra la negra Teodora.

—Pero Teodorita... si papá y mamá no están aquí. Se han ido a Lomas.

—Sí —dice el ama Teodora—, pero lo' patroncito' pue'enllegá en cualquier momento y ¡ay de esta negra que la' consiente!

—No, Teodorita —insisten las tres hermanas—, se fueron anteayer cuando salía el sol y Lomas está a casi dos días de aquí a caballo. Quizá no regresen hoy sino mañana.

—Y mañana cuando regresen —añadió Teodora—, las tienen que encontrar frescas y arregladitas, mi' niña'.

—Pero si estamos enfermas, Teodora... No nos podemos vestir ni arreglar como manda papá.

—Hmmm... enfermita' ¿no? Yo creo que la enfermedadá de la' niña' ya é cosa del pasao... y párele allí nomá'. Una partida má y allí queda... ¡a dormí!

Las chicas se reparten las cartas a la luz de las velas. Se levantan los bordes de los camiones para que no toquen el suelo, los bichos abundan en Acarí especialmente al comienzo del verano. Teodora insiste en que se cubran con las frazadas pero las chicas no le hacen mucho caso. Más aún andan descalzas porque el calor ya se siente por las noches, aunque una brisa viaja de ventana en ventana. Teodora cierra la ventana de la habitación donde las tres hermanas juegan a las cartas, no se vayan a poner peor con una corriente de aire y luego le cae la culpa a ella, no a las niñas. La niña Violetita es aún pequeñita y no da tanto trabajo como sus hermanas. No protesta cuando la viste, cuando la limpia ni cuando le da de comer. Ya quisiera Teodora que todas las hijas de los patrones fueran como Violetita. Ya no la escucha toser, se debe haber quedado dormida por fin, aun con todo el ruido que hacen sus hermanas. La niña Violetita es una joyita con sus bucles de color de la arena oscura de Lomas y sus ojos verdes como su abuela. A Teodora le gustaba vestirla con su traje de blondas. Lo único que

no le gustaba a la pobre niña eran esos zapatos altos que le ajustaban los piecitos. Pero los tenía que usar. La patrona se lo había ordenado y si encontraba a Violetita sin zapatos luego le caía a ella, a la negra Teodora.

A poco más de diez leguas de Acarí, la Mamá Inés y el patrón Augusto han llegado a su destino. Lo único que se escucha es el sonido de las olas lejanas y las buganvillas que invaden los techos de la casa, los bordes de sus ventanas y los marcos de las puertas. El silencio reina, el moribundo es más grande que la cama donde yace y Augusto se le acerca con vacilación. Le repugna la idea de siquiera tocar sus manos amarillas mientras el enfermo lucha por respirar.

—No hagas tanto esfuerzo, querido —susurra la Mamá Inés mientras recoge en sus manos pequeñas la mano amarilla que su marido evita—. Vamos, te acomodo la almohada para que estés más cómodo, cuñado.

—Ay, Inés —le dice el moribundo—, tenías que ser tú, siempre tú...

—¿Qué más necesitas, querido? Te voy a peinar los bigotes como a ti te gusta —sonrió la Mama Inés mientras miraba a la sirvienta con un suspiro de resignación que quería que sonara a ánimo.

Augusto estaba afuera de la habitación hablando con el capataz de su hermano. “¿Ya vino el cura?” le preguntó. “Sí, mi señor Augusto, el señor cura ya estuvo aquí. Ya está todo listo.” Augusto asintió al capataz pero no se animó a volver la mirada a la puerta de la habitación donde yacía su hermano agonizante. Por el rabillo del ojo vio a su mujer, la Mama Inés, lavándose las manos. “¿Qué va a hacer mi mujer?” le preguntó a la sirvienta que salía del cuarto con la toalla con la que se acababa de secar las manos la Mamá Inés. “La patroncita va a arreglarle los bigotes al señor” le dijo sin mirarlo a los ojos. “¿Y por qué no la ayudas?” La india le respondió quedito: “El señor ha pedido su sombrero de ala ancha, el que usa cuando monta con el capataz, y su lazo... se los voy a traer.” Augusto la dejó ir, mientras más rápido todo pasara, mejor para todos. Por el rabillo del ojo vio que el moribundo estaba quieto. Parecía haberse quedado dormido mientras Inés lo limpiaba y le arreglaba los bigotes. La luz de la vela temblaba y Augusto creyó ver sombras que no quería ver. Miró entonces hacia la oscuridad de la ventana, era mejor que mirar a su hermano.

—Ajá —dijo una de las chicas—, aquí tengo dos tricas, ya gané.

—No, no, no —le dice la chica más pequeña de las tres—, yo tengo una escalera. Escalera le gana a todas las tricas del mundo.

—Es verdad —dice la tercera.

—No, no, no —dice la jugadora de las tricas —, no es así. Estamos jugando a quién consigue más tricas...

—¡Tramposa, tramposa! —grita la más pequeña.

Y las hermanas se enredan en una trifulca de acusaciones y naipes a ver quién gana. Las frazadas caen sobre los bichos que rondan el suelo, los camisones se recogen más de lo que deben, las cofias empiezan a mostrar sus cabellos y las cartas salen volando. Las muchachas están tan embrolladas que no prestan atención al crujir de la madera por los pasos que se acercan por el pasillo. De pronto los escuchan y una de ellas llama con voz lacrimosa: “Teo, Teo, mi hermana está haciendo trampa... Teo...” Pero cuando miran a la puerta, no es Teodora a quien ven. Una figura alta y fuerte con un gran sombrero de ala ancha las mira intensamente desde la puerta. No dice nada, no hace ningún ruido, solo las mira mientras en una mano sostiene un lazo apenas perceptible por la oscuridad de las velas. Las chicas pasan de la frustración a la sorpresa y de allí al miedo. No están seguras de lo que ven pero lo que sea es suficiente para arrinconarlas en la esquina donde se juntan dos camas en cuya sombra se apiñan una sobre la otra. Cuando Teodora llega, las encuentra gritando y lloriqueando de tal manera que apenas entiende lo que le quieren decir. Finalmente el ama refunfuña:

—¡To’ó por un juego de carta’!

—No, Teodorita —dice la mayor jadeando—, no fueron las cartas.

La sirvienta ha traído por fin el sombrero y el lazo del moribundo. Los estaba limpiando de la arena de Lomas que se acumula sobre todo lo que toca y flota en el aire. La Mamá Inés ha terminado de peinarle el bigote a su cuñado mientras que Augusto anda por algún lugar, cualquier lugar, menos allí.

—Shhh... —le dice la Mamá Inés a la sirvienta—, despacito... se ha quedado dormido.

—¿Está segura, patroncita? ¿No se haya ido pa’ el otro lado y no nos hemos dado cuenta? —se persignó la india.

—No, no, está respirando tranquilo —la calmó Mamá Inés.

En ese instante, Mamá Inés siente una mano que intenta apretarle los dedos:

—Inés, Inés querida...

—Shhh... suavcito —le dice Mamá Inés al moribundo—, solo Augusto me llama Inés.

—Pérdoname, Inés...

—Está bien, querido, Augusto no está cerca, no te puede escuchar...

—No, Inés, no es lo que crees, pérdoname por las chicas...

—¿Qué chicas, querido?

—Las chicas, tus hijas con Augusto, las tres mayores.

—¿Qué dices? No seas tonto... estamos en Lomas. No vinimos con ninguno de nuestros hijos. Todos están en Acarí.

—Precisamente de allí vengo, Inés, solo quería verlas una vez más... pero las asusté demasiado, no me esperaban... por eso te pido que me perdones, diles que no las quería asustar, Inés.

—Claro, Andrés, no te preocupes. Yo les digo. ¿Y la más pequeña? ¿también se asustó?

—¿Violetita? no... ella nunca se asusta conmigo —sonríó el moribundo una vez más antes de desvanecerse.

—¿No le dije, patroncita? —dijo la sirvienta con una voz temblorosa como la vela magra que iluminaba el cuarto.

—No le hagas caso —trató de calmarla la Mamá Inés—, son desvaríos de un enfermo.

El tío Andrés ha visto desde el fondo del pasillo a Violetita que lo miraba compungida porque las chicas grandes no jugaban con ella. El tío Andrés sonríe cariñoso y se acerca a la niña más pequeña de la Mamá Inés, se quita el sombrero de ala ancha y deja caer el lazo en el pasillo. La carga en sus brazos grandes y le habla mientras sus caras casi se juntan:

—Violetita, no es que no te hagan caso, es que no te pueden ver.

—Claro que me pueden ver, tío Andrés, pero se hacen las tontas. Creen que soy boba, pero las bobas son ellas.

—A lo mejor en eso tienes razón, Violetita, las bobas son ellas. ¿Lista?

—¿Para irme a dormir? No... quiero jugar

—Jugarás mucho adonde vamos, Violetita —susurró el tío Andrés en los oídos de la niña—. Vamos.

Y con la sonrisa que le cruzaba la cara de mejilla a mejilla, el tío Andrés caminó por el pasillo con la niña Violetita en brazos

mientras sus pasos se sentían retumbar cada vez menos en el piso de madera de la casa grande.

La Mamá Inés se despertó con un sobresalto y sintió la mano fría de Andrés entrelazada con la suya. Se había ido mientras ella estaba a su lado, después de que le había peinado los bigotes y le había puesto el sombrero de ala ancha y el lazo sobre la cama. A diez leguas de distancia, Teodora empezó a vestir a la niña Violetita. La había encontrado quietecita en su camita una vez que había logrado que las tres hermanas se quedasen dormidas después de la visita del tío Andrés. Su cuerpecito se enfriaba rápidamente y sus manos se juntaban en un abrazo que el ama no iba a perturbar. El único consuelo que le quedaba a Teodora era que, si era verdad lo que le contaron las tres hermanas, el tío Andrés habría recogido a la niña Violetita en el pasillo en algún momento del amanecer.



© *Escalera para subir a los cielos* (GPR, 2007)